

suyos particulares; ¿qué era pues aquello? aunque se hubiera vuelto loco, no lo hubiera adivinado nunca.

Los hombres salieron en busca de Blanca, y Don Melchor quedó con la mayor inquietud, aunque siempre con la esperanza de que la vieja hubiera seguido fielmente sus instrucciones, y que hubiera extraviado camino al salir.

Trascurrieron así algunas horas, de la mayor ansiedad para Don Melchor que á cada momento esperaba ver entrar á Blanca.

Oyó de repente las herraduras de un caballo que penetraba en el patio, se asomó, y era un correo que entregó un pliego á uno de los guardas y volvió á marcharse: el jefe recibió el pliego, lo leyó y dió despues algunas órdenes que Don Melchor por mas que hizo no pudo percibir.

Vió entonces que de una cuadra sacaban su mismo caballo, que le ensillaban con sus mismos arreos, y que ya embridado y listo, un hombre le tenia en medio del patio y el jefe se dirijia para su aposento.

Don Melchor le salió luego al encuentro.

—Tengo órdenes—dijo el hombre, para que su señoría pueda seguir su viaje; el caballo está listo y en su misma habitación recibirá su señoría todo su equipaje ésta misma noche.

—Pero ¿cómo?

—Nada mas podre decir á su señoría.

—¿Y la señora que fueron á buscar?

—Aun nó vuelven los compañeros.

—¿Podre esperarme hasta saber el resultado?

—No es posible.

—Pues vamos.

Don Melchor montó á caballo, y se puso á caminar en la direccion que le dijeron que estaba México.

XX.

Adonde fué á dar Blanca y lo que allí le aconteció, y de lo que pasó á Don Melchor en México.

AL salir de la hacienda la camilla en que llevaban á Blanca, la vieja guió en direccion del Norte; pero apenas perdió de vista la casa se salieron del camino y contramarcharon tomando un rumbo tan enteramente diverso, que vinieron á resultar á poco al Sur de donde habian partido: esta precaucion les salvó. Los jinetes que salieron en su persecucion se dirijieron por el mismo camino que les habian visto tomar, y á medida que en él mas se avanzaban, mas lejos se ponian de los fugitivos.

Cruzando por veredas casi intransitables, y por medio de bosques desiertos, Blanca llegó al anochecer á una pequeña casa que estaba situada en la hondonada de un barranco, y á la cual era preciso tener mucho conocimiento en el terreno para llegar.

—Vamos—dijo la vieja—ya aquí estais en completa seguridad, aquí nadie os buscará, ni aun cuando os buscaran os contrarian; para llegar hasta aquí no hay mas camino que el que hemos traído, y creo que no es de lo mas fácil encontrarlo; á esta casa traigo yo á curar á algunos enfermos y heridos que necesitan secreto, ahora solo tengo aquí un negro que ese vino caído del cielo y yo no le traje.



—¿Cómo caído del cielo?

—Sí: figuraos, señora, que por allá arriba pasa una vereda que apenas es transitable, pues yo no sé que iba haciendo este pobre negro, quizá borracho, porque se desprendió de allá arriba y vino rodando hasta que cayó en el arroyo.....

Apenas Blanca conservaba una idea vaga de la caída de Teodoro, pero se figuró luego que sería él.

—¿Y en dónde está? ¿Se murió?

—No, no murió, casi estaba exánime; pero le recojí, le asistí muy bien, y aunque no puede decirse que está salvado, sí hay ya mucha esperanza.

—¿Pero á dónde está?

—Por allá adentro, ¿quereis verle?

—Sí, si.

—Bien, ¿podeis andar algo? Apoyaos en mi hombro y vamos.

Blanca se paró con inmensas dificultades, y sosteniéndose de la vieja comenzó á andar.

—Figuraos—decía la anciana—que yo curo á todos los que andan huyendo de la justicia, y hasta ahora ni uno me han pizcado. ¿Se tendrá confianza en que no os encuentren á vos?

Llegaron á una puerta que abrió la vieja, y en el fondo, en un jergon, Blanca pudo descubrir á Teodoro que estaba acostado contra la pared y con la cara y la cabeza llena de vendas y de parches.

Teodoro por su parte la reconoció tambien.

—Señora, dijo, queriendo inútilmente levantarse.

—Teodoro—contestó Doña Blanca intentando en vano apresurar el paso.

—Vamos, vamos, quietos—dijo la vieja—nada de imprudencias: ¿conque ustedes son conocidos?

—Mucho, mucho—contestó Blanca estrechando una mano de Teodoro.

—Mucho—agregó éste besando la mano de Blanca.

—Cuánto me place—dijo la curandera—siquiera así no se desconfiarán los dos, porque la señora viene aquí tambien á curarse; ¿lo entendeis?

—Sí, contestó Teodoro.

—Entonces puesto que sois conocidos, aquí se queda la señora mientras voy á disponerle su lecho.

Doña Blanca quedó á solas con Teodoro y le refirió cuanto le habia pasado, sin poder entre ambos esplicarse todo lo que aquello significaba.

La vieja sin duda tenia relaciones con toda la gente perdida, porque en la noche dos ó tres veces llegaron algunos hombres á darle recados y á recibir de ella frascos y yerbas que indudablemente eran remedios; y aun llegó á pasar por allí una partida de hombres á caballo que sin disputa podia asegurarse que no eran tropas del rey, porque departieron un rato con la vieja y se fueron luego.

En otras circunstancias todo esto hubiera espantado á Blanca, pero habia pasado por tantas peripecias, que ya todo le parecia indiferente; sentia además, cierta confianza por encontrarse tan cerca de Teodoro, en quien veia una especie de protector á pesar del estado de postracion en que él se encontraba.

Aquella noche la vieja curó cuidadosamente á Doña Blanca.

Don Melchor Perez de Varais tomó la direccion que le indicaron, y á pocas horas comenzó ya á descubrir á lo lejos el caserío de México, sus arboledas y las torres y cúpulas de sus iglesias, que aunque no eran en tanto número como hoy, pero ya indicaban una ciudad poblada y religiosa.

Don Melchor tenia, como todos los alcaldes mayores de

CAPITULO ALFONSO  
INDICACIONES



aquellos tiempos, una casa dispuesta siempre en la ciudad para recibirlo. Todos eran una especie de señores feudales, que hacían grandes gastos y vivían con toda especie de comodidades, sosteniendo la servidumbre de dos ó tres casas distintas que tenían en diversos puntos de la Nueva España.

Don Melchor, merced á la proteccion de la Audiencia que le habia concedido ser á la vez alcalde mayor de Metepec y Corregidor de México, estaba muy rico, y en su casa de Metepec y en la de México no solo estaba siempre lista la servidumbre, sino que se servía la comida á las horas de costumbre como si él estuviera presente, y en algunas veces por medio de cartas invitaba á algunos amigos para que fuesen á comer á su casa, encargando á uno de ellos que hiciese en su nombre los honores á los convidados.

Tales eran las fastuosas costumbres de aquellos personajes, á quienes tan poco trabajo costaba reunir grandes riquezas.

Llegó á su casa Don Melchor, y como si solo se hubiese separado de allí para dar un paseo en algunas horas, sus criados le presentaron sus vestidos de corte y le pusieron la cena.

Don Melchor no quiso salir aquella noche y se contentó con enviar á su mayordomo con un atento recado al Capitan general Don Pedro de Vergara Gaviria, notificándole de su llegada y suplicándole le escusase si no pasaba á verle inmediatamente por estar muy cansado y un poco enfermo.

Vergara sabia por su parte muy bien que aquella noche debia de estar ya en México Don Melchor.

A la mañana siguiente, cuando el Capitan general hacia su despacho, le anunciaron al señor Don Melchor Perez de Verais.

Vergara le recibió con las mayores muestras de cariño, y antes de darle tiempo á otra cosa, hizo recaer la conversacion sobre Luisa.

—Escribí á su señoría—le dijo—sobre lo que por el señor inquisidor se habia descubierto.

—Y eso me trae más que de prisa—contestó Don Melchor.

—Témome que tengais un desengaño bien triste.

—¿Por qué? ¿acaso se engañaría S. E. y no sería esa muger la pobre Luisa?

—Desgraciadamente ella es, y desgraciadamente digo, porque las artes de que fué víctima, aunque descubiertas, no han podido ser hasta hoy contrariadas; la pobre señora sigue tanto peor en su naturaleza física, cuanto en su estado moral.

—¿Hase llegado á afectar su inteligencia?

—De una manera grave; quizá por sus muchos sufrimientos, y por la misma naturaleza del hechizo, no es ni la sombra de lo que fué en otros tiempos; está casi en el estado de imbecilidad.

—¡Pobre Luisa!—dijo Don Melchor profundamente conmovido.

—Juzga el señor inquisidor que quizá el cuidado y las atenciones, y algo que tambien pueda influir vuestra presencia, volverán algun dia á esa pobre señora á su primitivo estado.

—Dios lo quiera; ¿pero nada se ha podido averiguar respecto de los autores del delito?

—Nada, por mas que el señor inquisidor y yo nos hemos empeñado en descubrirlo.

—Sea por Dios, ¿y dónde está Luisa?

—En la inquisicion.

—¿En la inquisicion?

—Sí, y no os admire, que no está en calidad de presa.

—Bien, pero como vos me escribisteis tenerla ya en vuestro poder.....

—Así se habia acordado, pero supuso el señor inquisidor que siendo ya el lance tan público, hubiera sido dar pábulo á



la curiosidad haberla sacado del Santo Oficio, mientras vos no estuvierais aquí para recojerla.....

—¿Y cuándo podré ir por ella?

—Ahora mismo, y porque veais qué empeño tengo en este negocio, quiero acompañaros yo mismo, aunque suspenda por ahora el acuerdo: ¿habeis venido en vuestra carrosa?

—En el patio me espera.

—Bien, vamos.

Tomó el licenciado su sombrero y bajó en compañía de Don Melchor, montaron en la carrosa y se dirijieron á la inquisicion.

El inquisidor mayor, prevenido por Don Pedro de Vergara esperaba ya la visita y les recibió con mucha ceremonia.

—Verdaderamente—dijo—me apena la desgracia del Señor Don Melchor Perez de Varais, y espero que Su Divina Majestad dará á su esposa el alivio, y á él el consuelo que tanto necesitan.

—Y solo de Él le espero—contestó Don Melchor—que cosas hay que parecen no tener remedio sobre la tierra.

—¿Quereis ver ya y recibir á vuestra esposa?

—Sí señor.

—Pues vendrá, pero armaos de valor porque el golpe va á ser muy fuerte para vos.

—Tendré resignacion.

El inquisidor ajitó la campanilla, y dió en voz baja algunas órdenes á un familiar.

Poco despues se abrió la puerta, y entre dos ministros del Santo Oficio penetró en la sala una negra.

Los familiares se retiraron y la negra siguió avanzando.

La estatura y el cuerpo tenian mucha semejanza con el de Luisa, tenia como ella cortado el pelo, pero la fisonomia en ningun caso podia confundirse con la de aquella.

Aquellos ojos con su mirar bajo, aquella boca, siempre entre abierta, aquel aire profundamente estúpido, no podian dar ni un indicio de la viva é inteligente fisonomia de la esposa de Don Pedro de Mejía.

Don Melchor la miró con fijeza, se puso densamente pálido, y sin decir una palabra, se cubrió el rostro con las manos y se puso á llorar.

—Aquí teneis á vuestro esposo, al señor Don Melchor—la dijo en voz alta el inquisidor.

La negra en lugar de contestar, se puso á reir estúpidamente, produciendo una especie de gruñido.

—Cada dia está peor—dijo con hipocresía el licenciado Vergara—Don Melchor, tened paciencia.

—La tendré—contestó con resolucion—y luego levantándose se dirigió á la negra.

—Luisa, Luisa, me conoces.

La negra volvió á reir.

—Me la llevo si me lo permite su señoría—dijo Don Melchor. Como gusteis.

—¿Tendrá su señoría la bondad de ordenar que me presten una silla de manos para llevarla á mi carroza?

—Sí, contestó el inquisidor y sonó la campanilla.

Entró un portero, el inquisidor le dió sus órdenes y poco despues dos familiares llegaron con una silla de manos.

Don Melchor hizo entrar á la negra que obedeció como una niña.

—Señor, adios—dijo Don Melchor—dispensen su Excelencia y su señoría que les deje así; pero ya pueden considerar mi situacion.

—Sí, id y que Dios os consuele.

Don Melchor salió lloroso tras de su silla, y el licenciado y el inquisidor se quedaron riendo de su dolor.



XXI.

De cómo salió Doña Blanca de la casa de la vieja curandera.

Doña Blanca se restablecía con una facilidad y una rapidez extraordinarias, en dos días se había mejorado ya de tal modo que comenzaba á andar sin dificultad, y á pesar de su palidez y de la falta de sus dientes, estaba ya otra vez hermosa.

La vieja salía algunas veces, y estaba fuera varias horas; entonces Doña Blanca pasaba el tiempo conversando con Teodoro que aun no se podía mover.

Doña Blanca había adquirido gran confianza con la vieja curandera; sabía ya que se llamaba Bárbara, que ejercía en los pueblos y en las haciendas su oficio honradamente, pero que en aquella casa, abrigaba á los ladrones heridos, y á todos los que andaban prófugos de la justicia, lo cual le producía bastante dinero, y buenas relaciones que la ponían á cubierto de todo peligro á que podía estar espuesta por el aislamiento de su casa. Ella por su lado la había referido gran parte de su historia, y la había confesado que parentesco ninguno la

unia con Don Melchor Perez de Varais, el cual sin duda por solo favorecerla había hecho todo aquello.

Doña Blanca tenía pues una gran confianza en Bárbara. Cada vez que venía alguna gente perdida á la casa, Doña Blanca tenía cuidado de encerrarse y no salir hasta que todos se habían marchado.

Una noche sin embargo, llegaron á la casa tres hombres á pié y envueltos en largas capas negras, completamente armados, y con toda la traza de facinerosos.

Blanca quiso retirarse, pero no era ya tiempo, y aquellos hombres la vieron.

El que hacia de gefe, la saludó con tanta cortesania, como si fuera un hombre de buena sociedad. Bárbara le distinguía con el nombre de Guzman; Blanca permaneció un rato allí y luego viendo que ese hombre la miraba con tenacidad se retiró.

—Guapa moza teneis aquí, Bárbara—dijo Guzman cuando hubo salido Doña Blanca.

—¿Os gusta?

—Mal gusto tuviera yo si de ella no gustara, que puede ser la moza de un rey.

—Pobrecita, anda tambien retraida de la justicia como vosotros.

—¿Debe muerte?

—No, que cosas son de amoríos y enredos.

—Pues cara tiene de una santita.

—Caras vemos, que corazones no conocemos.

—La verdad que me gusta la criatura como un dulce.

—Está linda, y que aun no sana bien.

—¿Pues qué tenía?

—Estaba enferma porque la dieron tormento.

—¿En la cocina grande?

—No llameis así al Santo Oficio.



—Con el rey y la inquisición chiton, ¿es verdad? Bueno, ¿y cómo salió?

—Fugose.

—¿Fugose? pues cada vez me conviene mas. Oid Bárbara y hablemos como amigos: ¿cuánto quereis por esa moza?

—¿La vendo acaso? ¿ó creis que tenga comercio de eso?

—Vamos, y no os vengais haciendo de las nuevas conmigo, que no habreis olvidado, que en cien pesos me vendisteis aquella vuestra criada india.....

—Ah, pero esa era una india, y esta.....

—Será mas española que una vireina; pero todo lo hace el precio, por aquella dí cien, y por ésta doscientos.

—No puedo, es de responsabilidad.

—Vaya trescientos.

—Cómo, ¿y si lo saben?

—Cuatrocientos.

—Ella quizá no quiera.

—Por último, quinientos duros y lo arreglais todo.

—Convenido, pero cómo hacer para que ella no se resista.

—Sáquela yo de aquí, y lo demas corre de mi cuenta.

—Pero ¿y para que salga?

—O con engaños, ó la emborrachais, que es fácil.

—Nunca toma ni un trago.

—Si no es fuerza que sea con vino, con teloatzin, con mariguana, con cualquiera yerba.

—Convenido, pero me dais no quinientos sino seiscientos; sé que estais muy rico.

—Tendreis los seiscientos, que en el precio no paro para cumplir un antojo; ¿y cuándo?

—Mañana en la noche.

—Vengo de seguro.

—Venid.

—Hasta mañana.

Guzman se despidió y Bárbara se entró á meditar su plan.

A la mañana del otro dia la vieja comenzó á preparar á Doña Blanca.

—Hija mia—la dijo—¿pensais permanecer aquí toda vuestra vida?

—Por Dios, señora, ¿ya os enfadé?

—Por el contrario hija, deseara veros siempre á mi lado; pero como os quiero de veras y sois tan jóven, me causais lástima, aquí remontada como yo que soy una vieja.

—Pero ¿qué he de hacer?

—Algun hombre podria amaros y sacaros de aquí y llevaros muy lejos, donde nadie os conociera, donde de nada tuviérais que temer.

—Hacedme favor, señora, de no hablarme de eso jamás, si es que no deseais que me vaya, aunque me aprehenda la justicia.

—Bien, no os incomodeis, y dejemos esa conversacion. ¿Qué tal os sentís hoy?

—Cada dia mejor, gracias á vos.

—Muy pronto estareis completamente buena, con una bebida que voy á daros esta noche, y que os hará descansar mucho.

—Tomaré lo que querais, que bien sé lo que son vuestras medicinas.

—Voy á prepararla desde ahora.

La vieja estuvo toda la mañana hirviendo yerbas y probando los cocimientos hasta que pareció quedar satisfecha.

A cosa de las diez de la noche se llegó á Blanca llevándole una taza con una bebida.

—Tomad—dijo—y recojeos para que os haga provecho.

Doña Blanca bebió sin desconfianza todo el contenido.



—Está muy amargo—dijo.

—Es medicina, hija, es medicina.

Doña Blanca sintió que comenzaba á faltarle la voz—La vieja salió de la casa, y con un silbato de barro dió dos silbidos agudísimos.

Se oyó entonces el ruido de un caballo que se acercaba, y luego la voz de un hombre que decia á Bárbara:

—¿Ya está?

—¿A dónde está primero el dinero?

—Tomadlo, y en oro.

—Bien.

—¿Está privada, ó va con su voluntad?

—Ni uno ni otro.

—¿Pues qué hay entonces?

—Como queriais las cosas tan pronto y yo no tenia otra cosa, le he dado el toloatzin que la hace disvariar; pero que la deja muda y sin fuerzas por algun tiempo: aprovechad, que me habeis dicho que saliendo de aquí, todo corre de cuenta vuestra.

—Vamos, pues.....

Doña Blanca estaba en un estado de somnolencia, de debilidad, que le parecia extraño; jamas habia experimentado síntomas tales; sus brazos se aflojaban, su cuello se doblaba como negándose ya á sostener la cabeza, y sus ojos se iban cerrando.

Pero en medio de todo sentia un placer, que no sabia tampoco como explicarse, una especie de tranquilidad, de descanso tan agradable, que sonrisa sin querer.

A poco le pareció que se dormia y que comenzaba á soñar: una luz azulada, iluminaba su aposento, y entre esa claridad, como flotando en ella, aparecian los seres mas queridos de su corazon, Don Cesar, Doña Beatriz y Teodoro, y hasta la muger de Don Melchor, la protectora de la pobre Sor Blanca.

Aquellas figuras fantásticas no tocaban el suelo, se deslizaban, como una ráfaga de luz en el espacio.

De repente, vió tambien mezclados entre esos seres tan conocidos para ella otros nuevos: eran Bárbara la vieja curandera, y un hombre que ella no conocia, pero entre todas aquellas sombras, solo estas dos parecian tener cuerpos.

Se acercaron, Blanca sintió entonces, que la alzaban del lecho, quiso gritar y resistirse pero no pudo.

El hombre desconocido cargó con ella y la llevaba, alumbrando la vieja.

Llegaron á la puerta de la casa: se desprendia del cielo una tempestad horrible; entre la densa oscuridad, que todo lo envolvía cruzaban los rayos atronando los bosques, y las cañadas: el agua caía á torrentes, y rugía el viento entre los encinos de la selva.

Una ráfaga de viento apagó la luz que llevaba la vieja. Doña Blanca no vió mas, pero sintió que pasaba á otros brazos.

—Horrible está la noche señora Bárbara.

—Témome que os vayais á caer por ahí.

—Conocemos muy bien el camino de nuestra casa.

—Pero vais á llegar como una sopa.

—No le hace, ya me pagará esta buena moza estos trabajos.

El hombre soltó una carcajada.

—Y muy pronto—contestó riéndose tambien Bárbara.

—Puede que antes de que amanezca; ya nos vamos.

—¿Estais listos?

—Sí, adios.

—Que Dios os lleve con bien.

La vieja cerró su puerta.

La tempestad seguía á cada momento mas fuerte: todas las pequeñas vertientes de la montaña eran rios caudalosos, y los rayos, y el viento y el agua, formaban un estruendo horrible.



Si se rasgaba la densa oscuridad, con la luz pasajera de algun relámpago, era para volver mas negra que ántes.

Guzman llevaba á Blanca en la silla, y un criado le seguia; pero apenas se podia caminar, la tormenta borraba el camino.

—Sotero—dijo Guzman—tú que caminas mas libre pasa por delante para darme la vereda y reconocer, no vayamos á dar á una barranca.

El hombre pasó adelante y siguieron el camino, paso á paso.

Todos estaban empapados, y Blanca comenzaba á volver en sí, y á comprender lo que le pasaba.

Las imágenes de su sueño se confundian sin embargo, con la realidad, y no podia separarlas completamente.

¿Qué iba ella haciendo, en medio de aquella noche tan horrosa? ¿Quién la llevaba? ¿A dónde se dirijian?

El movimiento del caballo la molestaba mucho, quiso hablar, no le fué posible, quiso alzar un brazo, y tampoco.

Seguia lloviendo: de repente el guía se detuvo.

—¿Qué sucede? preguntó Guzman con impaciencia.

—Que creo que hemos estraviado el camino.

—¡Maldita sea mi suerte!—gritó Guzman acompañando estas palabras con horribles juramentos, que hicieron estremecer de pavor á Doña Blanca—á ver, baja de tu caballo, reconoce el terreno, mas de tres años hace que andas conmigo por aquí.....

El hombre bajó del caballo, y procuró adivinar el camino.

—¿No encuentras nada?

—No, señor.

—¡Maldita sea tu raza! ven acá á tenerme á esta muger mientras yo reconozco en donde estamos; cuidado que te se vaya á caer, porque á tí y á ella os arrojé á la barranca.

Si Blanca hubiera podido, hubiera gritado de espanto; el lenguaje de aquel hombre la horrorizaba mas que los tormen-

tos de la Inquisicion; habia llegado á comprender que estaba á disposicion de aquella fiera, y que no era la muerte la que le esperaba; pero su situacion le parecia tanto mas desgraciada, cuanto que creia que en lo de adelante no se podria mover mas, y aquel hombre dispondria de ella como de un sér sin voluntad.

—¡Simple!—gritó Guzman—¿cómo no has podido reconocer en dónde estamos? es buen camino.

—¿Buen camino?

—Sí, ¿á que no sabes qué es aquí? mira bien.

—No reconozco.

—Pues aquí está la barranca que pasa por nuestro rancho, y este es el paso que le llaman de «La Monja Maldita.»

Aquello era una especie de anuncio, de aviso del cielo, entendió Blanca; el nombre de la «Monja Maldita» despertó en su corazon tantos recuerdos y tantos temores, que lanzó un débil gemido.

Guzman, que estaba ya cerca, le oyó.

—¡Hola, Sotero! ¿qué estarás haciendo á esa niña?

—Nada, señor.

—¿Nada? ¡ya verás maldecido!

Volvió á subir Guzman á la grupa del caballo en que estaba Blanca, y continuaron caminando.

Doña Blanca comenzó á quejarse.

—¿Qué tienes, mi vida?—dijo Guzman acariciándole el rostro.

Doña Blanca hubiera deseado morir antes que continuar en aquella situacion, pero por fin su voluntad comenzó á ser obedecida por sus miembros, y pudo levantar ya un brazo para apartar de su rostro la mano de Guzman.

—¿Te haces la desdeñosa?—pues toma, dijo Guzman—y plantó sus labios sobre la boca de Doña Blanca.



Blanca quiso gritar, y gritó.

Comenzaba á salir de su estado de inmovilidad y de mutismo.

Era ya la mañana, la tempestad habia cesado, y la luz bañaba toda la montaña, cuando llegaron al rancho de Guzman.

.....

.....

XXII.

En que se sabe lo que habia sido de Martín y de Don Cesar.

---

Don Cesar, Martin y María, tomaron la misma noche de su fuga de la Inquisicion el camino de Acapulco.

Siguieron por varios dias su marcha sin interrupcion pasando con nombres supuestos, que prudentemente se habian dado, hasta llegar á la cañada de Cuernavaca.

Allí Martin resolvió quedarse.

La Inquisicion no era á él á quien perseguia, su muger podria escapar fácilmente en los dias primeros de la persecucion, y luego, cuando todo se hubiera ya calmado, volverian á México, en donde podrian seguir viviendo cómodamente.

—Cierto que es un excelente plan—dijo Don Cesar cuando lo hubo oido—pero tiene tantas ventajas para vosotros como inconvenientes para mí.

—¿Por qué?

—Mirad; que tanto cuanto es fácil para vos tener oculta á María, á mí me es imposible ocultarme; el Santo Oficio se fijará en mí mas que en ella, y es casi seguro que á estas horas, exhortos habrá por todos los pueblos para mi aprehension; así es que cuanto ántes necesito huir y ponerme muy fuera del alcance del Santo Oficio.



—Entonces, ¿qué pensais hacer?

—Pienso dirijirme al puerto de Acapulco. En estos momentos se apareja allí la gente de todas armas que el gobierno del virey, marqués de Gelves, va á enviar á Filipinas; calcúlome llegar hasta allá sin novedad, presentarme como voluntario en las nuevas tropas del rey, embarcarme con ellas, pasar á Manila; y pensar allí lo que puedo hacer para estar libre.

—Acertada es vuestra resolucion.

—Detiéneme, sin embargo, solo una cosa.

—¿Cuál es ella?

—El abandonar á Doña Blanca á su propia suerte.

—Así estaria aun cuando vos permanecieseis por aquí, que en el Santo Oficio ha caido, y ni esperanzas hay de poderla valer de algo.

—¿Pues cómo nos salvamos, María, yo, y Sérvia?

—Por lo mismo, esos casi son milagros que no se repiten á menudo, y por haber acontecido éste debéis de tener mas seguro que no sucederá otro muy pronto. Los ministriles han de estar con tantos ojos abiertos, y se redoblarán las precauciones á tal grado, que á no ser un verdadero prodigio, en muchos años no oireis decir de otra fuga.

—Sin embargo, paréceme una ingratitud .....

—Escuchad, Don César, y no os preocupeis; por vos no es posible que nada alcanceis: ahora, respondedme: ¿os queda algun influjo poderoso que mover? y en caso que querais procurároslo, ¿no temeis que á los primeros pasos os prendan y quedeis peor que ántes? El delito de que era acusada María era leve en comparacion del que se os imputa, yo tenia con el Arzobispo motivos grandes para pedir una gracia, él se ha empeñado tambien por su parte, y sin embargo, ¿qué consiguió? nada, nada, y si no hubiera sido por la astucia de Teodoro, aun tienen en la Inquisicion á estas desgracia-

das. Creedme, D. Cesar, y partid; si en algo necesita de mí Doña Blanca, le serviré con la lealtad que me conoceis, y tendrá en mí un apoyo; pero vos, partid.

Don Cesar reflexionó un poco, y por fin, levantando con resolucion la cabeza, exclamó:

—Partiré ahora mismo—¡pobre Blanca!

—¡Gracias á Dios que os resolveis!

Don Cesar, sin hablar ya mas, se despidió de Martin y de María, y montando á caballo, tomó el camino de Acapulco; Don Cesar conocia aquel camino porque lo habia andado cuando salió desterrado por su desafío con Don Alonso de Rivera, y cuando volvió de ese destierro.

Martin y su muger se internaron por los pueblitos de la tierra caliente buscando un hogar en donde pudieran pasar algunos meses sin ser conocidos.

Cosa de doce dias tardó Don Cesar en llegar hasta Acapulco, el camino habia sido para él una constante lucha: á cada momento intentando volverse en busca de Blanca, y recordando luego las reflexiones de Martin, se detenia algunas ocasiones á meditar, y perdido en sus pensamientos, permanecia una hora entera, en medio del camino sin moverse.

Por fin llegó al puerto.

Acapulco era en aquellos tiempos, el puerto mas importante de toda la Nueva España, por allí se hacia el comercio con la China, por allí entraban todas las mercancías, y por allí salia la gente y los refuerzos que de Nueva España se remitian á las Filipinas.

Cada virey procuraba que en su tiempo se hiciesen mayores envíos tanto de dinero á la corona de España como de gente á Manila.

El marqués de Gelves en los dias del tumulto, preparaba una grande espedicion, que no pudo ver realizada por todos



los acontecimientos de México, pero un sobrino suyo encargado de este asunto en particular, continuó con mas brio, y con mayor empeño armando y equipando gente.

La audiencia de México como todo usurpador, veia en todo un amago á su seguridad, y una conspiracion contra su poder: la noticia de la gente que se armaba y disponia en Acapulco, llegó á la capital de la Colonia, y se aumentó y se comentó la noticia; se representó aquella gente como un ejército dispuesto á marchar ya sobre México á derribar á la audiencia y á restablecer en el vireinato al marqués de Gelves.

En consecuencia, salieron órdenes disponiendo que se suspendiera todo apresto.

Cuando Don Cesar llegó á la plaza de Acapulco, habia en ella una curiosa animacion.

Españoles, indios, negros, chinos, mulatos, todos cruzaban por las calles, alegres y conversando en voz alta en sus diferentes idiomas, los soldados y los marineros que iban á partir se despedian, los que se quedaban en tierra se empeñaban á porfia en ofrecer á los que se marchaban, frutos de la tierra que muchos de ellos no debian volver á probar en su vida.

En la bahia se balanceaban majestuosamente en medio de una mar tranquila y azulada, los bajeles de la flota que iba á partir para Filipinas. Todos esperaban con terror ó con ilusion aquella partida, y en medio de aquel rumor, se aguardaba á cada momento escuchar el cañonazo que anunciara la marcha.

Don Cesar se dirigió á uno de los soldados que encontró en la calle.

—¿Podriais indicarme señor soldado—le dijo—en donde me seria posible presentarme para tomar lugar en vuestras filas?

—Mirad allá—donde está la banderita del rey, vive el intendente; pero si quereis yo os conduciré, que en la compañía en que sirvo y debe partir hoy, tenemos vacante.

—Me hareis señalado servicio con acompañarme.

—¿Sabeis leer y escribir?

—Sí que sé.

—¿Conoceis el servicio?

—Conózcolo.

—¿De mar y tierra?

—De mar y tierra.

—En ese caso, puede que llegueis muy pronto á ser oficial.

—Dios lo quiera.

El soldado llevó á Don Cesar ante el intendente. Don Cesar era bien apersonado, sabia leer, y conocia el servicio, y un soldado así no le podia perder Su Magestad.

En un momento se facilitó todo, se le hizo jurar bandera y se le puso listo.

Poco despues sonó en la bocana un cañonazo al que contestó, una inmensa gritería: era el momento.

Comenzó el embarque de la tropa, que se prolongó demasiado hasta entrar ya la noche. El viento soplaba favorable, las velas se tendieron, los buques se aparejaron para partir, y levantaron las anclas.

Don Cesar en medio de un grupo de soldados, contemplaba las luces del castillo y de las casas del puerto, que iban desapareciendo entre las sombras de la noche al alejarse las embarcaciones.

A la mañana siguiente, el mar desierto ya azotaba las playas del puerto: á la animacion habia sucedido, el silencio, á la vida, el sueño, y solo como un punto blanco se divisaba á lo lejos uno de los bajeles de la flota.